

## **A Community Worth Fighting For**

I have lived in San Miguel County for 25 years, and Christine and I raised our five children here. I have owned small businesses, worked in mental health for a decade, and served on school and hospital boards. Much of that work has crossed town and county lines, because where people live, work, and feel the consequences of decisions does not always line up on a map. That is the vantage point I bring.

I understand the fear I hear from others, that the community we came here for is disappearing and that what will remain is just the scenery.

I am running for County Commissioner because that future is not inevitable. Our children grew up here and graduated from Telluride schools. I want them to have a hometown to come home to. I want those who have struggled to stay to be able to remain. I want people building a life here to have a chance.

The path that allowed families like mine to thrive is narrowing. A warming climate brings drought and fire. Infrastructure deferred for decades demands attention. Housing costs have outrun wages for a generation. Our economy is fragile enough that one disruption can put an entire winter economy at risk. Houses sit dark most of the year. More households, fewer kids in school. One Main Street business owner told me recently, "The buzz is gone."

We are where we are partly because of forces beyond our control, and partly because of our own choices. We cannot turn back the clock. But we do decide how to play the hand we are dealt.

Growth or no growth is the wrong question. The real question is whether growth serves the community, pays its way, respects our limits, and helps the people who make this place work remain a part of it. What changes the trajectory is what we build, where we build it, who we build for, and how we choose to act.

Affordable workforce housing must be a priority because it is the only kind of housing that stays in the local workforce. But meeting a number on a spreadsheet is different from actually housing people. Rents and purchase prices must match what local workers earn, not formulas that produce vacant units no one can afford. And the housing must be matched to the infrastructure that makes it possible and to where people work.

Limits matter too. Water in the San Miguel, land for housing people can afford, roads shaped by geography, and winters that still hold snow cannot be ignored. But taking limits seriously is different from using them to stop housing. When we slow housing, our community dies a little with each family that leaves.

These are not abstract questions. They are about the people who teach our children, care for our community, work in our businesses, and volunteer in our nonprofits. They are leaving because they do not see a path toward staying.

A commissioner is one of three, working with towns, districts, and state agencies. I have served on boards that cross municipal lines. That experience teaches you to think beyond any one town, because problems cross those lines, and so do the consequences of decisions made within them. People in one area often live with what people in another decided.

The work of a commissioner is about judgment. Between growth that pays its way and growth that does not. Between the people in the room and the people affected by the decision. Between what the studies tell us and what our neighbors are experiencing. Between what serves today and what protects tomorrow.

I do not have all the answers, but I will weigh each decision, ask honest questions, insist on real accounting, and build the regional partnerships that turn answers into decisions. I will make those decisions with the people affected by them, not to them.

Trust in local government has broken down. Voters are asking who it serves. Trust cannot be rebuilt by promising it. It is rebuilt by making decisions in the open, showing the reasoning, bringing people in before decisions harden, and being honest about the pressures public officials face. That is the standard I will hold myself to.

Our county is still worth fighting for, and the fight is winnable. Our strength is the institutions built here over decades, a nonprofit sector most places our size cannot imagine, residents who have stayed because they love this place, new residents with fresh ideas, and a scale small enough that the people we elect are our neighbors. Most of all, people here care, even across the lines that divide us.

We have not lost our way. We have lost ground. Those are different things, and the difference matters. When communities act together, we can change the trajectory.

Sincerely,

Paul Reich

Democratic candidate, San Miguel County Commissioner, District 2

310 Old Butterfly Road, Ophir 81426

### **Una comunidad por la que vale la pena luchar**

He vivido en el condado de San Miguel durante 25 años, y Christine y yo criamos aquí a nuestros cinco hijos. He sido propietario de pequeñas empresas, trabajé en el ámbito de la salud mental durante una década y formé parte de juntas escolares y hospitalarias. Gran parte

de ese trabajo ha cruzado límites municipales y del condado, porque los lugares donde la gente vive, trabaja y siente las consecuencias de las decisiones no siempre coinciden con las líneas trazadas en un mapa. Esa es la perspectiva que yo apporto.

Comprendo el temor que escucho expresar a otros: que la comunidad a la que llegamos está desapareciendo y que lo único que quedará será el paisaje.

Me postulo para el cargo de Comisionado del Condado porque ese futuro no es inevitable. Nuestros hijos crecieron aquí y se graduaron de las escuelas de Telluride. Quiero que tengan un pueblo natal al que puedan regresar. Quiero que quienes han luchado por quedarse puedan permanecer. Quiero que las personas que están construyendo una vida aquí tengan una oportunidad.

El camino que permitió prosperar a familias como la mía se está estrechando. Un clima cada vez más cálido trae sequías e incendios. La infraestructura, postergada durante décadas, exige atención. Los costos de la vivienda han superado los salarios durante toda una generación. Nuestra economía es lo suficientemente frágil como para que una sola interrupción ponga en riesgo toda la economía invernal. Hay casas que permanecen a oscuras durante la mayor parte del año. Hay más hogares, pero menos niños en las escuelas. El propietario de un negocio en la calle principal me comentó recientemente: «Se ha perdido la vitalidad».

Nos encontramos en esta situación, en parte, debido a fuerzas ajenas a nuestro control y, en parte, debido a nuestras propias decisiones. No podemos hacer retroceder el reloj. Pero sí podemos decidir cómo jugar las cartas que nos han tocado.

La pregunta de si debe haber crecimiento o no es la pregunta equivocada. La verdadera pregunta es si el crecimiento sirve a la comunidad, si cubre sus propios costos, si respeta nuestros límites y si ayuda a que las personas que hacen funcionar este lugar sigan formando parte de él. Lo que cambia la trayectoria es lo que construimos, dónde lo construimos, para quién lo construimos y cómo elegimos actuar.

La vivienda asequible para la fuerza laboral debe ser una prioridad, ya que es el único tipo de vivienda que permanece al servicio de los trabajadores locales. Sin embargo, cumplir con una cifra en una hoja de cálculo es muy distinto a proporcionar vivienda real a las personas. Los precios de alquiler y de compra deben ajustarse a lo que ganan los trabajadores locales, y no a fórmulas que generan unidades vacías que nadie puede pagar. Además, la vivienda debe estar en consonancia con la infraestructura que la hace posible y con los lugares donde la gente trabaja.

Los límites también importan. El agua en el río San Miguel, los terrenos para viviendas asequibles, las carreteras moldeadas por la geografía y los inviernos que aún traen nieve son realidades que no pueden ignorarse. Sin embargo, tomarse en serio estos límites es muy distinto a utilizarlos como pretexto para frenar la vivienda. Cuando frenamos la vivienda, nuestra comunidad muere un poco con cada familia que se va.

Estas no son cuestiones abstractas; se refieren a las personas que enseñan a nuestros hijos, cuidan de nuestra comunidad, trabajan en nuestros negocios y ofrecen su tiempo como voluntarios en nuestras organizaciones sin fines de lucro. Se están marchando porque no ven un camino que les permita quedarse.

Un comisionado es uno de tres integrantes que trabajan con pueblos, distritos y agencias estatales. He formado parte de juntas que cruzan límites municipales. Esa experiencia te enseña a pensar más allá de un solo pueblo, porque los problemas cruzan esas líneas, y también lo hacen las consecuencias de las decisiones tomadas dentro de ellas. A menudo, las personas de una zona deben vivir con lo que las personas de otra decidieron.

El trabajo de un comisionado se basa en el buen juicio: entre un crecimiento que paga lo que le corresponde y uno que no; entre las personas presentes en la sala y aquellas que serán afectadas por la decisión; entre lo que nos dicen los estudios y lo que están viviendo nuestros vecinos; entre lo que sirve hoy y lo que protege el futuro.

No tengo todas las respuestas, pero sopesaré cada decisión, haré preguntas honestas, exigiré una rendición de cuentas real y construiré las alianzas regionales necesarias para transformar esas respuestas en decisiones. Tomaré esas decisiones con las personas afectadas, no imponiéndoselas.

La confianza en el gobierno local se ha deteriorado. Los votantes se preguntan a quién sirve realmente. La confianza no se reconstruye a base de promesas; se reconstruye tomando decisiones a plena luz del día, mostrando el razonamiento detrás de ellas, incorporando a la gente antes de que las decisiones se vuelvan inamovibles y siendo honestos respecto a las presiones que enfrentan los funcionarios públicos. Ese es el estándar que me impondré a mí mismo.

Nuestro condado sigue siendo un lugar por el que vale la pena luchar, y esta lucha se puede ganar. Nuestra fortaleza reside en las instituciones que se han construido aquí a lo largo de décadas; en un sector de organizaciones sin fines de lucro que la mayoría de los lugares de nuestro tamaño apenas podrían imaginar; en los residentes que han decidido quedarse porque aman este lugar; en los nuevos residentes que aportan ideas frescas; y en una escala humana lo suficientemente pequeña como para que las personas que elegimos sean nuestros vecinos. Por encima de todo, aquí la gente se preocupa por su comunidad, incluso a través de las diferencias que nos dividen.

No hemos perdido el rumbo; hemos perdido terreno. Son dos cosas distintas, y esa diferencia importa. Cuando las comunidades actúan juntas, podemos cambiar la trayectoria.

Atentamente,

Paul Reich

Candidato demócrata, Comisionado del Condado de San Miguel, Distrito 2